

denado ; se diría, en verdad, que vinieron al mundo expresamente para que Montesquieu apoyara sus consideraciones.

Y, no obstante, si no se fija directamente, como Bossuet lo hace, el consejo y la ley del mundo histórico en el seno de la Providencia misma, parece difícil y bastante peligroso encontrar la série y el encañamiento que Montesquieu pretende descubrir. En este punto me parece Maquiavelo más prudente y acertado que Montesquieu, recordándonos siempre, aún en medio de sus reflexiones, por cuánto entra el azar, esto es, las causas desconocidas, en el origen y cumplimiento de los hechos históricos y en la vida de los imperios. También en esto se echa de ver que le faltó á Montesquieu vivir fuera de su gabinete y ver ante sí desarrollarse la historia. Á no ser así, hubiera dicho más frecuentemente : « ¡ De qué poco han dependido las grandes cosas ! »

En 1745 dió Montesquieu su famoso *Diálogo de Sila y Eucrates* que no difiere gran cosa de las *Consideraciones sobre los Romanos*. Lo compuso para una especie de Academia de ciencias morales y políticas en gérmen que se reunía en un entresuelo de la plaza de Vendome en casa de Alary. El Diálogo es hermoso ; pero no es así como hablan familiarmente los héroes y hombres de Estado, aún hablando con filósofos. El Sila de Montesquieu es un Sila de tragedia.

Contaba Montesquieu sesenta años cuando publicó el *Espíritu de las Leyes* (fin de 1748). En los años precedentes, cuando no estaba en su castillo de Brède vivía en París frecuentando el *gran mundo* y siendo muy deseado en todos los salones de la alta sociedad, particularmente en el círculo de la duquesa de Aiguillon y en el de madama de Defand. « He tenido la suerte de alternar en las mismas sociedades que él, decía Maupertuis, y he visto y compartido la impaciencia con que era esperado en todas y la alegría con que se le veía llegar. » — El caballero Aydie escribía á madama de Defand : « ¿ Cómo no querer á ese buen hombre, á ese gran hombre, original en sus obras, en su carácter, en sus maneras, y siempre digno de admiracion y adorable ? » — Y el marqués de Argenson decía : « Como tiene grande ingenio hace un uso discreto de lo que sabe ; pero no es tan espiritual en su conversacion como en sus libros, porque no tiene la pretension de brillar ni se da la pena de conseguirlo. Ha conservado el acento

gascon de su país y considera inútil corregirse. No cuida su estilo, que es mucho más espiritual y aún nervioso que puro. » Hablando de la importante obra que Montesquieu preparaba hacía veinte años, agregaba M. de Argenson :

« Conozco ya algunos trozos que no pueden ménos de aumentar la reputacion del autor ; pero temo que el conjunto no sea tan acabado y que tenga más capítulos agradables, más ideas ingeniosas, que verdaderas instrucciones útiles sobre la manera de elaborar é interpretar las leyes. Le concedo todo el talento posible ; ha adquirido conocimientos vastos en sus viajes y con el estudio ; pero predigo que no nos dará el libro que nos falta, aunque encontremos en el que prepara muchas ideas profundas, pensamientos nuevos, imágenes atrevidas y una multitud de hechos curiosos cuya aplicacion supone más gusto que estudio. »

M. de Argenson no se engañaba en un sentido, pero se engañaba en otro : el libro de Montesquieu con todos sus defectos iba á disipar los temores y sobrepasar las esperanzas de sus mismos amigos. Hay obras que no deben ser miradas muy de cerca : son monumentos. La frase de madama Defand : « Eso no es *l'Esprit des Lois* sino de *l'esprit sur les lois*, » podía ser cierta en la sociedad particular de Montesquieu ; pero dejaba de serlo bajo el punto de vista del público y del mundo. El público ve las cosas más sintéticamente, más en globo ; si una obra tiene inspiracion superior, aliento poderoso y un sello de grandeza, desde luégo supone que el autor tiene razon en todo y obedece al impulso que recibe. Del mismo *Espíritu de las Leyes* decía el estudioso Gibbon hablando de sus lecturas : « Yo leía á Grotius y á Puffendorf... leía á Barbeyrac... leía á Locke y sus tratados... pero mi delicia era leer y releer á Montesquieu, cuyo vigor de estilo y atrevimiento de hipótesis fueron bastante poderosos para despertar y estimular el genio del siglo. » Y Horacio Walpole escribía también hablando de la obra : « La considero el mejor libro que se haya escrito jamás... Encierra tanto ingenio como conocimientos prácticos. » Este último punto ha llegado á ser dudoso para nosotros : « No hay ningun libro, ha dicho por el contrario un crítico inglés moderno, del que pueda decirse que hizo tanto por la raza humana en la época de su aparicion y del que un lector de nuestros dias pueda sacar tan

pocas ideas positivas aplicables. » Pero este es el destino de casi todas las obras que han dado impulso al espíritu humano.

Á juzgar por su correspondencia, cuando Montesquieu estaba en vísperas de dar á luz su obra, se hallaba dominado por el cansancio y la fatiga. Habia pasado tres años seguidos en sus posesiones (1743-1746) trabajando sin descanso. Sus ojos le hacian traicion; veia muy poco y tenia una catarata. Un secretario y su hija le daban lectura de lo que no podia leer por sí mismo: « Estoy anonadado de fatiga, escribia en 31 de Marzo de 1747, y pienso descansar el resto de mis dias. » La idea de agregar á su obra una digresion sobre el origen y las revoluciones de las leyes civiles en Francia, digresion que llena los cuatro últimos libros del *Espíritu de las Leyes*, no le ocurrió hasta el fin. « He creido matarme en estos tres meses, decia en 28 de Marzo de 1748, para acabar un fragmento que voy á añadir, un libro acerca del origen y revoluciones de nuestras leyes civiles de Francia. Esto formará tres horas de lectura; pero os aseguro que me ha costado tanto que mis cabellos han encanecido. » Terminada la obra y publicada en Ginebra, exclamaba: « Confieso que esta obra ha estado á punto de matarme: voy á descansar; no trabajo más. »

Algo se ve en el libro de este esfuerzo que confesaba el autor. El primer libro, que trata de las leyes en general tomándolas en su acepcion más extensa y con relacion á todos los seres del universo, es sumamente vago. Si me atreviera diria que se descubre desde el principio el embarazo del autor, como se ve en los últimos su vacilacion y su fatiga.

Al frente del segundo tomo (la primera edicion se hizo en Ginebra en dos volúmenes) habia colocado Montesquieu una preciosa *Invocacion á las Musas* segun la moda antigua. Es una bella Invocacion, en la que se define la razon como « el más perfecto, noble y exquisito de nuestros sentidos. » El amigo de Ginebra encargado de hacer imprimir la obra y corregir las pruebas, hizo algunas objeciones contra este himno poético, demasiado antiguo para tener cabida en una obra moderna. Montesquieu consintió en suprimirlo despues de alguna resistencia.

No se espera ciertamente que yo abrigue la pretension de criticar aquí el *Espíritu de las Leyes*; se necesitarian muchos volúmenes y

examinar la obra libro por libro, capítulo por capítulo. Conozco tres refutaciones de este género: la de M. de Tracy, que no obstante su título es una refutacion lógica y una rectificacion más bien que un *Comentario*; la de M. Dupin, que no es despreciable, y otra manuscrita por el cardenal de Boisgelin, antiguo obispo de Aix. Á cada paso se puede censurar á Montesquieu por sus divisiones generales de gobierno, por el principio que á cada uno señala, por los climas y el grado de influencia que les atribuye, por las citas de detalle que ha sembrado en su obra. En ocasiones cita con inexactitud y por producir efecto, como más tarde lo habia de hacer Chateaubriand; esto les suele suceder á los hombres de imaginacion, los cuales se sirven de su erudicion sin ser dueños de ella, sin poderla dominar. Se toma leyendo una nota espiritual, y luégo al escribir se tiene un trabajo inmenso para hacer que pase el camino real por donde encaje bien la nota ilustre ó la historieta ligera. Montesquieu abusa de estas historietas ligeras de la antigüedad y de los ejemplos equívocos que proporciona.

Pero todos los defectos del libro de Montesquieu no deslucen el genio que en él brilla. Capítulos como los de Alejandro y Carlomagno consuelan de todo. Los que dedica á la constitucion, y principalmente el que trata de las costumbres políticas de Inglaterra (libro XIX, cap. XXVII), son descubrimientos en el mundo de la historia. Se ve en todos los instantes, en Montesquieu, uno de esos espíritus rápidos y penetrantes que investigan los primeros toda una masa y la alumbran.

Ya he dicho cuál creo que es el defecto radical de la política de Montesquieu; pone el término medio de la humanidad, considerada en sus dotes naturales, un poco más alto de lo justo. No es mal que un legislador impulse á los hombres, siquiera se valga de un tanto de ilusion, á todas sus facultades y á toda su virtud; pero él debe saber en qué condiciones es esto posible y tomar sus precauciones en consecuencia. No sólo Montesquieu no advierte lo bastante á su lector, sino que tampoco él mismo se previene. Pintando por el lado más hermoso el gobierno de los ingleses, que él sin embargo habia visto de cerca con sus sombras, no parece haberse preguntado qué efecto harian sus cuadros en Francia. Él no queria, ciertamente, la ruina de la monar-

quia de Luis XV; la consideraba como templada por los parlamentos y reformable en sí misma: « Yo no tengo, decia, un espíritu desaprobador; » léjos estaba, pues, de tenerlo revolucionario. Distante en esto de Juan Jacobo Rousseau, queria que cada cual despues de haberlo leído tuviera « nuevas razones para amar sus deberes, su príncipe, su patria y sus leyes » y, no obstante, parecia no inquietarse por el resultado de la comparacion que presentaba á las imaginaciones de sus compatriotas. En el *Espíritu de las Leyes*, Montesquieu parece olvidar que los hombres, los franceses, siguen siendo como los ha visto y pintado en sus *Cartas persas*; y aunque habla de continuo con honrada conviccion de gobierno moderado, no se dice que la moderacion no entra en el número de las cualidades que se trasplantan.

Cuando se ha leído mucho á Montesquieu se siente una tentacion: « Parece enseñar el arte de hacer imperios, ha dicho de él un crítico sagaz (1); se cree aprenderlo escuchándole, y siempre que se le lee se cae en la tentacion de construir uno. » Montesquieu no dice bastante á sus lectores: « Para considerar la historia con esta reflexion y razonar tan desembarazadamente y de tan alto, vosotros no sois hombres de Estado ni lo soy yo mismo. » La primera palabra del *Espíritu de las Leyes*, y la última, debiera ser: « La política no se aprende en los libros. »

Que nosotros, los que formamos la generalidad de las gentes, caigamos en estos errores y en estos olvidos de que sólo nos saca la experiencia, nada más natural y sencillo; pero que el legislador, el genio que se levanta como nuestro guía caiga lo mismo que nosotros ó no sospeche dónde se puede tropezar, esto es más lastimoso. Juan Jacobo que no teme una revolucion es sólo atrevido y temerario; pero Montesquieu que no la quiere es imprudente, carece de prevision.

Tomemos el *Espíritu de las Leyes* por lo que es, por una obra de pensamiento y de civilizacion. En Montesquieu el hombre es mejor que el libro. No pidamos al libro más método, más orden, más precision en los detalles, más sobriedad de erudicion y de imaginacion, más consejos prácticos de lo que contiene en realidad de todas estas cosas; no veamos en él sino el carácter de moderacion, de patriotismo, de

(1) Joubert.

humanidad que ha puesto el autor en las mejores partes y que ha revestido con una forma elevada. Tiene frases que, trasportadas á otra parte, ilustran la materia. En este sentido tiene razon de hablar de la *majestad* de su tema y de añadir: « Yo no creo haber carecido totalmente de genio. » En todos estos pasajes se revela el hombre que desea la libertad verdadera, la verdadera virtud del ciudadano, todas aquellas cosas cuya perfecta imágen no habia visto en ninguna parte entre los modernos y de que se habia formado una idea en el estudio de su gabinete y ante los bustos de los antiguos.

El *Espíritu de las Leyes* es un libro sin más aplicacion que la perpétua de elevar el espíritu á la alta esfera histórica, engendrando un sinnúmero de bellas discusiones. En el orden de los gobiernos libres y moderados, se seguirá encontrando en él inspiraciones generales y textos memorables. Los que gustan de oráculos pueden buscarlos allí. El círculo de las cosas humanas que tiene tantas vueltas y revueltas y del que jamas se puede decir que está cerrado y concluido, ha parecido darle ó quitarle la razon á Montesquieu, no una vez sino varias. Bien confiado será el que vea en esto la confirmacion de cierto orden anunciado por él y no la eterna vicisitud.

El *Espíritu de las Leyes*, apenas publicado, levantó clamores que no eran sino la señal de la revolucion que iba á producir en las ideas. El éxito no se decidió, por lo pronto, sino entre la flor de la inteligencia. « Oigo, decia el ilustre autor, algunos zánganos zumbando en torno mio; pero si las abejas recogen alguna miel eso me basta. »

Montesquieu vivió seis años más; habia envejecido ántes de tiempo. « Estoy acabado, decia; he quemado todos mis cartuchos y todas mis bujías se han apagado. » Al mismo tiempo escribia este pensamiento de serena y noble melancolía: « Yo habia concebido la intencion de dar más profundidad y desarrollo á algunos lugares de mi *Espíritu*; pero me he puesto incapaz. Las lecturas han debilitado mis ojos, y si todavía me resta alguna luz es la aurora del dia en que han de cerrarse para siempre. »

Se puede dar una idea de la conversacion de Montesquieu; en una *Defensa* que hizo del *Espíritu de las Leyes* para contestar á la Gaceta jansenista (pues pocos han sido tan sensibles á la crítica como Montesquieu), hay una página muy animada que nos representa bastante

bien, al decir de d'Alembert, lo que aquel era hablando. Su manera de conversar era viva, corriente y figurada. Marmontel ha dicho que esperaba la *pelota* para cogerla en el aire. Hablando de los críticos estrechos que censuran una obra de magnitud por pequeñeces de escuela y escrúpulos de secta, dijo :

« Esta manera de criticar es la más á propósito para limitar la extensión y disminuir la suma del genio nacional... Nada ahoga tanto la doctrina como poner á todas las cosas una toga de doctor... No podéis ocuparos en decir bien cuando os cohibe el temor de decir mal... Nos ponen una chichonera para decirnos á cada paso : ¡ Cuidado con caer ! — Vais á tomar vuelo y os sujetan por la manga. Tenéis fuerza y vida y os la quitan á alfilerazos. Os eleváis un poco, y una porción de gentes empuñan la vara de medir y os gritan que bajéis para medirlos. Seguí vuestro camino, y quieren que os detengáis á mirar todas las piedras y todas las hormigas. »

Agregad el ligero acento gascon que habia conservado y creeréis oír á Montesquieu. Tambien recuerda á Montaigne este fuego graneado de imágenes.

« Su manera libre aunque modesta, ha dicho de Montesquieu un contemporáneo suyo (Maupertuis), se asemejaba á su conversacion. Su talla era bien proporcionada. Aunque habia perdido enteramente un ojo y con el otro nunca habia visto bien, estos defectos no se conocian ; en su fisonomía se juntaban la sublimidad y la dulzura. » — Su cara flaca y larga tiene el tipo elegante del país en que nació, el tipo bordelés ; su perfil bien dibujado es de un hermoso carácter y parece hecho para la medalla.

Montesquieu, en sociedad, no se dejaba llevar por las camarillas cada vez más imperiosas. Madama Geoffrin pintaba á Montesquieu como un hombre distraído « que no sabe los nombres de las gentes de su servidumbre y tiene una carroza que produce el ruido de un fiacre, etc. » La duquesa de Chaulnes, por su parte, decia : « Ese hombre venía á hacer su libro en la sociedad ; retenia todo lo que se contaba ; no hablaba más que á los extranjeros de los que creia sacar alguna cosa útil. » Tambien decia la misma señora : « ¿ Para qué sirve un genio ? » Montesquieu ha contestado á las dos diciendo en sus *Pensamientos* : « Me gustan las reuniones en que salgo del paso con mi in-

genio de todos los dias. » Esto para la duquesa. Para la Geoffrin dice tambien alguna cosa : « No me disgusta pasar por distraído ; esto me permite aventurar negligencias que me hubieran molestado. »

Aquel espíritu superior que, sin quererlo, ha dado origen ó pretexto á tanto semi-Montesquieu, de ordinario pretenciosos, era la modestia misma : « ¡ Hombres modestos, exclamaba en las *Cartas persas*, venid, que yo os abrace ! Sois la dulzura y el encanto de la vida. Creéis no tener nada ; pero yo os digo que lo tenéis todo. Pensáis no humillar á nadie y humilláis á todo el mundo. Cuando os comparo en idea con los hombres absolutos que veo por todas partes, los precipito de su tribunal y los pongo á vuestros piés. » — Montesquieu tenía la candidez de pensar que habia descuidado el hacer la fortuna de sus hijos y la ilustracion de su casa : « Yo confieso, decia, que tengo demasiada vanidad para desear que mis hijos hagan un día gran fortuna ; sólo á fuerza de razon podrian sostener la idea de mí ; necesitarian de toda su virtud para no renegar de mí, para declararse descendientes míos. » Creia pues que si alguno de sus hijos llegaba á ser ministro, canceller ó cosa semejante, sería un embarazo para un personaje tan visible tener por padre ó abuelo á un hombre que como él sólo hubiera hecho libros. Esto mismo es un exceso de modestia ó restos de una preocupación que cuesta trabajo comprender.

Montesquieu murió en París el 10 de Febrero de 1755. Las circunstancias de su muerte han sido muchas veces referidas. Lo que quizá se ignore es que á su entierro no fué casi nadie. El único hombre de letras que asistió á él fué Diderot (segun Grimm). El siglo XVIII que muy pronto iba á marchar con verdadero proselitismo como un solo hombre y que todo él se iba á dar su última cita en los funerales solemnes de Buffon (Abril de 1788), no estaba alistado ni aun en pié á la fecha del fallecimiento de Montesquieu.

Octubre 1852.

NOTA. Un contemporáneo de Montesquieu, el frívolo abate de Voisenon, ha tenido acerca de él algunos rasgos felices. « Era tan buen padre que creia de buena fe que su hijo valia más que él. Era amigo sólido ; su conversacion era como sus obras. Sabía razonar conversando. Era extremadamente distraído. Una vez emprendió un viaje y mandó delante su carroza para andar una hora á pié, á fin de hacer ejercicio ; cuando se acordó del coche estaba vencida la jornada. »

Garat, en sus memorias sobre la vida de Suard, presenta á Montesquieu en su posesion de Brède « entre el césped, las fuentes y los parques á la inglesa corriendo de la mañana á la noche con su gorro de algodón blanco y una carga al hombro. Los que venian á presentarle los homenajes de Europa le preguntaron más de una vez, tuteándole, si era aquel el castillo de Montesquieu.

Todos los testimonios están acordes en esto. Un jóven inglés de distincion, lord Charlemont, hallándose en Burdeos con un amigo suyo, fué invitado por Montesquieu á ir al castillo de Brède. En su diario de viaje refiere lord Charlemont su visita á la Brède en estos términos : « La primera cita de una mujer amada no nos hubiera tenido desvelados toda la noche como esta lisonjera invitacion. Al dia siguiente nos pusimos tan temprano en camino que llegamos á su posesion ántes que él se levantara. El criado que nos recibió nos hizo entrar en la biblioteca, donde el primer objeto que se ofreció á nuestra curiosidad fué un libro abierto sobre una mesa á la cual se habria sentado, probablemente, la noche anterior. Al lado del libro estaba todavla la lámpara apagada. Impacientes por saber lo que de noche leía el gran filósofo, miramos el libro : era el volúmen de las obras de Ovidio que contiene las *Elegias*, y estaba abierto por una de las más galantes páginas de este maestro de amor. No habiamos vuelto de nuestra sorpresa cuando esta se aumentó viendo entrar al presidente, cuyo aspecto y maneras eran enteramente opuestos á la idea que de él nos habiamos formado : en vez de un grave y austero filósofo cuya presencia hubiera podido intimidar á niños como nosotros éramos, se dirigió á nosotros un francés alegre, fino, lleno de vivacidad, que, despues de mil cumplimientos agradables y de darnos las gracias por el honor que le hacíamos, nos preguntó si queríamos almorzar. Como nos excusáramos (pues habiamos almorzado en el camino), dijeron que le acompañáramos á dar un paseo para mostrarnos cómo habia tratado de arreglar su posesion á la inglesa. Le seguimos, y pronto llegamos á los linderos de un bosque cercado por una empalizada. La entrada de este bosque estaba cerrada por una barrera móvil de tres piés de altura que tenia candado. Buscó Montesquieu la llave en su bolsillo, y no encontrándola, nos dijo : « Venid ; no vale la pena de ir á buscar la llave ; estoy seguro de que saltaréis como yo. » Así diciendo, tomó carrera y saltó con ligereza suma. Seguimosle con sorpresa, y no sin un secreto placer, viendo al filósofo dispuesto á convertirse en nuestro camarada.

Por último, el naturalista genoves Trembley que habia conocido á Montesquieu en Inglaterra y fué invitado á visitarle en Brède, lo visitó en efecto y contaba los tres dias de su permanencia al lado del grande hombre por los más deliciosos de su vida.